Luis Fernando Lara Ramos

LA LINGÜÍSTICA: ¿OTRA HISTORIA?

DISCURSO DE INGRESO

ANTONIO ALATORRE

RESPUESTA

EL COLEGIO NACIONAL

LA LINGÜÍSTICA: ¿OTRA HISTORIA?

Doctores Octavio Novaro, Ruy Pérez Tamayo, Antonio Alatorre, Luis Femando Lara, Eusebio Juaristi, Juan Ramón de la Fuente y Leopoldo García Colin en la ceremonia de ingreso de Luis Femando Lara Ramos, lunes 5 de marzo de 2007.

Luis Fernando Lara Ramos

LA LINGÜÍSTICA: ¿OTRA HISTORIA?

DISCURSO DE INGRESO

ANTONIO ALATORRE
RESPUESTA

EL COLEGIO NACIONAL
México, 2007

Coordinadora editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición: 2007

D. R.© 2007. EL COLEGIO NACIONAL
Luis González Obregón núm. 23, Centro Histórico
C. P. 06020, México, D. F.
Teléfonos 57 89 43 30

ISBN: 978-970-640-344-5

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Correo electrónico:colnal@mail.intemet.com.mx
Página:hnp;//www.colegionacional.org.mx.

EUSEBIO JUARISTI

PALABRAS DE SALUTACIÓN Y BIENVENIDA

El doctor Eusebio Juaristi dando la bienvenida al nuevo miembro, doctor Luis Fernando Lara Ramos.

¡Buenas noches a todos ustedes!

Nos acompañan en el Presidium:

Doctor Juan Ramon de la Fuente, *Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México*

Doctor Leopoldo Garcia-Colin, *Presidente en Turno saliente de El Colegio Nacional*

Doctor Octavio Novaro Peñalosa, *Miembro de El Colegio Nacional*

Doctor Ruy Pérez Tamayo, *Miembro de El Colegio Nacional*

Señores Miembros de El Colegio Nacional,

Distinguidos Invitados:

Estamos reunidos aquí para participar en la ceremonia oficial en la que ingresa a El Colegio Nacional el doctor Luis Fernando Lara Ramos, quien es un destacado profesor-investigador de lingüística y literatura. Este tipo de evento lo encabeza el Presidente en Turno, y tengo entonces el honor de iniciar felicitando tanto al doctor Lara Ramos por el reconocimiento y compromiso que significa este acontecimiento tan significativo, como a nuestra comunidad por contar desde ahora entre sus miembros con un catedrático tan distinguido. El Consejo de El Colegio Nacional está convencido de que la participación del doctor Lara Ramos en esta comunidad abrirá espacios más amplios para la difusión y preservación de nuestra cultura nacional.

Corresponderá al Maestro Antonio Alatorre, Miembro de El Colegio Nacional, responder al discurso de ingreso del doctor Lara Ramos y describir en detalle sus contribuciones académicas. Yo me permi-

to mencionar en esta oportunidad que El Colegio Nacional reconoce la admirable profundidad de su obra y la pasión con la que se ha dedicado a salvaguardar el desarrollo de la lengua española en México.

En esta labor, el doctor Lara se ha abocado a examinar con un pensamiento profundo el proceso de la incorporación de nuevos términos científicos y técnicos en disciplinas tan variadas como la astronomía la física, la fisiología, la química, la biología y la informática. En particular, de este estudio se desprende que si en países corno México no somos verdaderos protagonistas en ciertas áreas de la ciencia y tecnología, corrernos entonces el riesgo de ser dependientes de terminologías que al ser creadas en ambientes culturales distintos al nuestro, redundan en desventajas cuando nosotros como profesionistas o cuando los jóvenes estudiantes traten de comprender los nuevos conceptos y posteriormente pretenden ser creativos en esos campos del conocimiento.

Efectivamente, el doctor Lara nos hace reflexionar sobre las consecuencias que una influencia no controlada de las culturas que actualmente dominan el desarrollo de las ciencias a nivel mundial puede tener sobre nuestro idioma. Dicho dominio lingüístico puede conducir a una falta de transparencia en los nuevos vocablos en el español que utilizamos en conferencias y publicaciones académicas al transmitir nuestros descubrimientos.

Entre otros argumentos, el doctor Lara nos hace ver que la opacidad de esos nuevos términos científicos, inhibe la capacidad creadora de los propios científicos no anglohablantes, para quienes, y cito textualmente: "al no entender las metáforas que subyacen al significado de los términos, se les dificulta someter a prueba y crítica los conceptos a que dan lugar y, con ello, se les dificulta superarlos". [Véase: Luis Femando Lara, "Diversidad cultural y neología", en La, *terminología en el siglo XXI,* M.T.Cabré *et al.* (eds.),

Contribución a la cultura de la paz, la diversidad y la sostenibilidad, Institut Universitari de Lingüística Aplicada, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, 2006, pp. 53-61].

Doctor Luis Fernando Lara Ramos: sea usted bienvenido a esta su nueva casa. Será usted ahora reconocido como un Maestro Emérito de la Nación, desde la cátedra más alta del país. Escucharemos con atención su discurso de ingreso.

LUIS FERNANDO LARA

LA LINGÜÍSTICA: ¿OTRA HISTORIA?

El doctor Luis Fernando Lara Ramos pronunciando su discurso de ingreso a El Colegio Nacional, 5 de marzo de 2007.

Permítanme comenzar recordando la admiración que sentía mi padre por El Colegio Nacional. Quizá sus estudios preparatorios en el Instituto Científico y Literario de Pachuca, creado dos décadas antes por Benito Juárez, o quizá su formación médica en la Escuela Nacional de Medicina, a principios del novecientos, lo hicieron librepensador y juarista, afín a la ciencia aunque no positivista, sino revolucionario y luchador social, admirador por igual de Manuel Sandoval Vallarta y de Alfonso Reyes; quizá por esa trayectoria

vio a El Colegio Nacional como una cristalización de lo que más amaba de México. Por los motivos que hayan sido, desde niño me transmitió su admiración por El Colegio Nacional. Por eso llegar hoy aquí, verme en este momento y en este sitio, me llena de agradecimiento, de satisfacción y de emoción profunda, como si estuviera cumpliendo un sueño secreto de mi padre o una promesa imposible. Señores miembros de El Colegio Nacional: les agradezco sinceramente haberme considerado digno de acompañarlos en esta institución, asociación de los más destacados científicos, humanistas y artistas de México y ejemplo de una generosidad intelectual y una concepción de la cultura que caracterizaron al México del siglo XX y que hay que mantener en este siglo XXI.

•••

¿Qué es lo que nos hace lingüistas, lo que constituye a la ciencia del lenguaje,

lo que crea su objeto, como lo expresaba el fundador de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure? ¿Qué distingue a la lingüística de las otras disciplinas del pensamiento y de la ciencia que toman por objeto el hablar y el escribir, y que efectivamente nos dan comprensión y conocimiento de este fenómeno característico y propio de los seres humanos, como la filosofía, la filología, la lógica, la psicología, el psicoanálisis, la neurología, la audiología y aun, contemporáneamente, la llamada "ciencia cognitiva" y la tecnología de los lenguajes artificiales?

Pues el hablar y la perplejidad que ha producido esta facultad en los seres humanos antecede por muchos siglos a la aparición de la ciencia del lenguaje como tal. La lingüística es una ciencia relativamente joven. No era lingüística propiamente hablando la exploración lógica de las partes de la oración **y** de la predicación en *De la interpretación* de Aristóteles, la enigmática relación entre las pala-

bras y las cosas en el *Cratilo* de Platón, ni la gramática griega de Asclepíades de Mirlea, entre el 150 y el 50 antes de Cristo, la romana de Varrón hacia el año 26 antes de nuestra era o la *Institutio Grammaticae* de Prisciano hacia el siglo VI; tampoco la *Ars maior* de Donato o los *Principia Dialecticae* de San Agustín; no lo eran las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla o la discusión de los *madi significandi* en la gramática especulativa del siglo XIII. A pesar del valor que tienen hoy para nosotros la *Gramática de la lengua castellana* -primera de las lenguas europeas modernas----- de Antonio de Nebrija, sus vocabularios latino-español y español-latino, y la catarata de gramáticas y diccionarios de nuestras lenguas aborígenes a que dieron lugar esas obras nebrisenses, tampoco revelan una concepción del lenguaje como la que tenemos ahora. No es que podamos prescindir de esa larga lista de reflexiones y de obras dedicadas al lenguaje y a las lenguas o que las podamos desesti-

mar. No habría lingüística verdadera sin ese pasado y sin las enseñanzas que todavía siguen ofreciéndonos, pues la mayoría toca, apunta o trata temas permanentes de la investigación lingüística; temas permanentes de la perplejidad que nos causan la facultad de hablar y la diversidad de las lenguas.

La capacidad de hablar o la facultad del lenguaje y la multitud de las lenguas del mundo han sido siempre tal motivo de asombro para los pueblos de la Tierra que han dado lugar a mitos. No es, sin embargo, del *Génesis,* sino del *Evangelio de San Juan,* ese multicitado primer verso: "Al principio era el Verbo", muchas veces traducido también como "En el principio era la Palabra". La exégesis bíblica explica ese verso atribuyendo al Verbo, a la Palabra, el Logos, la sabiduría eterna de Dios. Palabra y sabiduría o sabiduría y palabra son dos manifestaciones de la misma significación. El *Génesis,* en cambio, no parece dar la misma dimensión a la aparición

de la palabra o de la lengua, tan misteriosa la de Dios como la del primer Hombre. Cuando dice: "Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera" (2.19), da por sentado que Adán tenía una lengua, pero no dice que fuera la lengua de Dios, ni su Palabra. Sólo versos más tarde agrega el *Génesis* lo que más parece una descripción **(11.1):** "Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras".

Poco más adelante el libro del *Génesis* relata el Diluvio, la descendencia de Noé y la cantidad de pueblos y lenguas que se formaron después. Sin embargo, parece contradecirse cuando cuenta cómo "Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres y se dijo: 'He aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto [construir una ciudad y una torre] y

nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros'. Y los dispersó Yavé por toda la haz de la tierra y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la tierra toda." (11.5-9). Para toda la tradición judeo-cristiana desde la Antigüedad hasta el siglo XVII esos dos relatos bíblicos: el de la lengua con que Adán nombró por primera vez las cosas, la lengua primigenia de la humanidad, la *Urspracbe,* y el de la confusión de las lenguas en Babel fueron, más que mitos, enigmas que había que resolver y que dieron impulso a los muchos intentos a lo largo de los siglos por encontrar la lengua primigenia y por superar la diversidad lingüística, entendida como efecto de la confusión de Babel.

Ambos mitos serían para nosotros meramente interesantes, como los de los bororo del Amazonas o de los dorzé de Etiopía; serían objetos de una etnología

propia de especialistas, si no fuera porque ambos manifiestan dos cuestiones que determinaron en buena medida la historia del pensamiento acerca del lenguaje y siguen estando en el horizonte de las preguntas populares, incluso en el de algunas investigaciones de la lingüística contemporánea y en el sustrato ideológico de algunas políticas del lenguaje y de la comunicación en el mundo actual.

Pues desde la Antigüedad se ha creído que el valor central de la lengua primigenia estriba en que Adán, en ese primer momento de la humanidad, comprendió la naturaleza de las cosas y les asignó nombres correspondientes a ella; es decir, que los nombres de las cosas del mundo, en esa lengua primigenia, formaban parte de su naturaleza, o revelaban su esencia. No otra cosa es lo que discute Sócrates con sus interlocutores Hermógenes y Cratilo, mucho tiempo antes de que el *Génesis* hebreo se difundiera por el mundo mediterráneo.

Saber los *verdaderos* nombres de las cosas; descifrar el enigma que plantean los nombres diferentes de las mismas cosas en las lenguas existentes; lograr que a cada cosa corresponda su propio nombre; lograr que la humanidad supere la confusión de Babel. Deseos todos ellos que podemos encontrar manifiestos en la especulación infantil, en los esfuerzos contemporáneos de la terminología internacional del ingeniero austriaco Eugen Wüster -que guían a la *Organización Internacional de Estándares-,* y en la búsqueda de aquella lengua que pueda servir eficazmente y sin conflicto a la comunicación internacional, sea el *Esperanto* del ruso Ludwik Zamenhoff (1887) o una de las varias decenas que se han propuesto desde el siglo XIX, como el *Volapük,* de Johann Martin Schleyer (1879), la *Langue Universelle* de Menet (1886), el *Veltparl* de von Arnim (1896), o en todo caso el inglés contemporáneo e incluso la terapia semántica que diseminó Alfred Korzybski

entre los militares estadounidenses bajo el nombre de "Semántica general" durante la Segunda Guerra Mundial.

Los intentos antiguos por encontrar la lengua primigenia dieron lugar a curiosas genealogías sobre todo a partir del siglo XVI, en que comenzó una verdadera puja por retrotraer las lenguas europeas modernas a sus supuestos orígenes postdiluvianos. El vasco o el flamenco serían las verdaderas lenguas primigenias de la humanidad, como lo ansiaban, más que argumentaban, Pedro Pablo Astarloa (1803) y el barón de Ryckholt (1868); el toscano derivaría del etrusco y éste directamente del arameo de Noé, según Giovann Battista Gelli, en el siglo XVI; para Guillaume Postel 0551), el celta procedería también, por supuesto, de Noé directamente; el castellano sería una de las 72 lenguas postbabélicas, descendiente de Tubal, hijo de Jafet. Pero cuando esa práctica genealógica se encontró con el sánscrito de la India y William Jones logró después de

1786 que los filólogos europeos cayeran en la cuenta de que hay relaciones comprobables entre esa lengua, el latín y el griego, se dieron los primeros pasos para construir una ciencia del lenguaje basada en datos y con un método que iría evolucionando rápidamente a lo largo del siglo XIX: el de la llamada "lingüística comparada" de August Schleicher y Franz Bopp, pronto convertida en "lingüística histórica", en cuya culminación aparecieron los *Jóvenes Gramáticos* (o *Neogramáticos,* en la versión italiana de Ascoli que pasó a las lenguas romances): Brugmann, Leskien, Osthof y Ferdinand de Saussure como un retoño ginebrino de la Universidad de Leipzig.

El mito de la lengua primigenia dio lugar a otras leyendas terribles, como la de Psamético, que según Herodoto entregó a un pastor dos niños recién nacidos, para que los criara sin pronunciar ante ellos una sola palabra, y en esas circunstancias, cuando ellos hablaran natural-

mente, se manifestara la primera lengua de la humanidad; lo mismo relata Salimbene da Parma a propósito de Federico II Hohenstaufen, cuyo esfuerzo resultó vano, pues todos los niños así sometidos terminaban por morir. Esta última observación de Salimbene no deja de tener su importancia real, si consideramos los muchos casos de niños privados de todo contacto humano que se siguen descubriendo en muchos lugares, aunque no se den a conocer en la prensa, a los que, por ser ilegítimos o, en general, por vergüenza, pavor e ignorancia de sus madres, se aísla totalmente; junto con las deficiencias orgánicas y psicológicas que sufren por esa causa, la facultad de hablar se embota y terminan por morir. Hasta se podría decir que la adquisición de la lengua materna constituye el último estado de la hominización. Son versiones literarias y cinematográficas de esos llamados "niños lobo" o "niños salvajes" los casos de Kaspar Hauser y el "Enfant sauvage" de Truffaut.

Más allá de la genealogía que llamaría "heroica" de las lenguas (pues no se basaba en datos reales y sólo buscaba encontrar una continuidad entre los pueblos recogidos por la Biblia y los pueblos históricos, para tomarla como timbre de legitimidad) y más allá de la búsqueda de la lengua primigenia, el sueño humano de que los signos de las lenguas -al menos del hebreo, del griego y del latín- revelen la verdadera naturaleza de las cosas o, al menos, que haya lenguas cuyos signos resulten apropiados a lo que nombran, ha sido uno de los temas centrales del pensamiento acerca del lenguaje. Pues siendo los signos de las lenguas partícipes de la naturaleza de lo que mientan o si se encuentra la manera de asegurar su propiedad, el conocimiento no puede errar. Según Michel Foucault, en Las *palabras y las cosas,* la idea de que las palabras participan de la naturaleza de lo que nombran es la que preside la "episteme" del pensamiento sobre el lenguaje hasta el siglo XVI:

"Pero Dios, a fin de ejercitar nuestra sabiduría, ha sembrado la naturaleza sólo de figuras que hay que descifrar (en este sentido, el conocimiento debe ser *dimnatio),* en tanto que los antiguos dieron ya interpretaciones que sólo tenemos que recoger" (Cap. II. § 3, p. 41). No es raro que esta idea haya fomentado el interés por la Cábala y los varios métodos de desciframiento que aparecieron entonces, orientados a la adivinación; a la vez se forma una primera filología, que para encontrar la verdad se vuelve erudita y nutre de erudición sus comentarios de los textos antiguos. El texto antiguo oculta esa verdad, pero lo que dice es seguramente verdadero y la tarea de la filología del XVI es allegamos la colección de comentarios autorizados a esos textos para poder escrutarla.

Se pregunta uno cómo fue posible que en la misma época empezaran a multiplicarse las gramáticas de las lenguas, con sus partes de la oración a la manera latina y su reconocimiento del modo de ser de

los signos de cada lengua. Ya en el xv, don Enrique de Villena introdujo su *Arte* de trobar con un estudio de las grafias y de las pronunciaciones del castellano; Nebrija y después, sobre todo, los misioneros españoles en América se plantean descripciones de las lenguas, que parecen contradecir las características de la episteme propuesta por Foucault. Quizá se deba a que las gramáticas correspondían a otra clase de intereses, eminentemente prácticos, que no resultaban pertinentes para el núcleo filosófico-religioso del pensamiento acerca del lenguaje. Las gramáticas eran solamente artes de hablar y escribir correctamente una lengua, para conservarla y para que no se perdiera en una evolución sólo comprendida como corrupción. Había que *reducir* las lenguas -como lo expresaba Nebrija- a la gramática. En América, las gramáticas eran meros instrumentos de la evangelización; que hoy las entendamos como descripciones ---valiosas, pertinentes, históricas-- es

producto de la mirada lingüística moderna. La incorporación de la gramática a la lingüística, por eso, sólo se producirá después de quitarle su carácter prescriptivo, en el siglo xx.

Piensa Foucault que el siglo XVII, por él llamado, desde Francia, "la época clásica", se caracteriza por reconocer que la relación entre las palabras y las cosas no es de participación sino de ***representación:*** es decir, que los signos no cifran la naturaleza de lo que nombran, sino que sólo lo representan; sí, pero el problema era entonces definir cómo se establece esa representación. Sostiene Foucault que esa definición se hacía no explorando las características de la representación -algo que sólo llegará con la teoría del signo de Saussure- sino esforzándose por construir un lenguaje bien ordenado, congruente, de signos a los que se atribuyeran características de las cosas de una manera racional y bien controlada; un lenguaje apriorístico impuesto a la realidad. A esa

otra "episteme" deberemos la profusa invención de lenguajes cuyo sentido estriba en la búsqueda de una perfecta adecuación entre el objeto y su nombre. El libro La *búsqueda de la lengua perfecta* de Umberto Eco nos ofrece una nutrida documentación de esos esfuerzos. Entre ellos vale destacar la "characteristica universalis" de Leibniz, un lenguaje científico cuyos signos pudieran hacerse corresponder, uno a uno, con las características de un exhaustivo catálogo de objetos, y cuyas expresiones fueran cálculos obtenidos mediante aquellos signos, con lo que el conocimiento podría llevar a cabo plenamente la representación de sus objetos de conocimiento y revelar su verdad. A esa misma búsqueda corresponde el afán enciclopédico y clasificatorio de los objetos del mundo, que se manifiesta, por ejemplo, en Linneo, y que también se ve en los grandes catálogos de lenguas del xvm, como el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, di-*

visión y clases de esta, según la diversidad de sus idiomas y dialectos, de Lorenzo Hervás y Panduro (1786), o el *Mithridates* de Christian Adelung (1806). Sólo que los catálogos de Hervás y de Adelung logran también que el interés por la diversidad lingüística comience a separarse de los mitos fundadores y a acercarse a un espíritu taxonómico propio de la botánica o de la mineralogía.

Desde esa época, y en especial desde que se difunde la hermenéutica protestante de Friedrich Schleiennacher, la filología deja tras ella la mera colección de comentarios a los textos sagrados y a los antiguos para adquirir su primera conciencia crítica, con lo que contribuye a abandonar la atemporalidad con que se planteaban todas las preguntas acerca del lenguaje y reconoce en el texto su espesor histórico y problemático. Filología, hermenéutica e interés por la diversidad de las lenguas forman entonces el núcleo de una primera lingüística que podemos llamar "romántica", en el sentido histórico de la palabra.

El ámbito de las lenguas romances resulta desde entonces privilegiado, tanto por las características de su diversidad como por la rica documentación histórica que ofrecen al filólogo. Hans Ulrich Gumbrecht apunta como uno de los momentos de fundación de la filología románica la recomendación de Goethe en 1818 a Friedrich Diez de que se fuera a estudiar el legado lírico de los trovadores provenzales si deseaba conocer la Edad Media. Con Diez en el ámbito románico y con los estudios de la tradición poética popular germánica de los hermanos Schlegel, de los Grimm y de Johann Gottfried Herder, tomó cuerpo la filología decimonónica, en cuyo seno se desarrollaron la lingüística comparada de August Schleicher y Franz Bopp y la lingüística histórica de Hermann Paul, a la que hay que agregar la de Ramón Menéndez Pidal y su escuela. En el último cuarto del xix la acumulación de datos reales de las lenguas clásicas y de las europeas modernas se encuentra con

la teoría darwiniana, el entusiasmo mecanicista y la fisiología y llevan a la lingüística a proponer leyes de la evolución fonética de las lenguas; finalmente, a la introducción de una primitiva noción de sistema lingüístico por parte de Saussure. La juvenil tesis de Saussure sobre las vocales del indoeuropeo, en que introduce la noción de sistema, prefigura la del fonema y con esas dos extrapola, a partir de los textos y las comparaciones, por primera vez, la estructura de las vocales indoeuropeas, marca el paso de la lingüística histórica a la lingüística moderna.

Las historias de la lingüística con las que contamos hoy no describen con suficientes pormenores y mucho menos reconstruyen el ambiente científico y artístico de los últimos decenios del siglo XIX en que se gesta la lingüística moderna, pues no nació aislada del resto del movimiento intelectual de esa época. Creo encontrar en el fondo de todo ello un movimiento hacia el inmanentismo, hacia la búsqueda

de aquello que es exclusivamente propio de ciertos objetos, de lo que define su verdadera naturaleza, aislándolo de todo lo que puede resultar accidental o circunstancial. Me parece identificar ese giro hacia lo inmanente en el caso de dos artes: la pintura y la música. Digamos que cuando se pueden abstraer categorías propias de esas artes, que definen *lo pictórico* y *lo musical,* se pasa a privilegiar ya no la representación y la melodía, sino la construcción interna de la obra de arte desde Cézanne y desde Schoenberg, las artes proponen una concepción de sí mismas radicalmente diferente de la que las caracterizaba antes (la naturaleza de la literatura es diferente, pues su materia es la lengua de todos los días, la lengua pública, y su sentido no puede clausurarse sin perderse; por eso no fueron los escritores -salvo los dadaístas y los poetas concretos brasileños- quienes postularon la inmanencia de la obra de arte literaria, sino sus estudiosos: el formalismo ruso, el

New Criticism y el estructuralismo literario). En el caso de la lingüística lo que logró Saussure fue volverse ya no hacia la verdad oculta en el discurso y su sentido, sino hacia la lengua misma: a la búsqueda de su propia naturaleza, prescindiendo de su historicidad, de su tradicionalidad, del modo de manifestarse en cada sociedad. La lengua, cualquier lengua, se concibe desde entonces como un sistema bien estructurado, cuyas características hay que entender. Cuando Saussure propone que la lengua es "un todo en sí", autocontenido, lo hace explícitamente para poder encontrar su sistema en estado puro sin la intervención deformadora del normativismo de la gramática escolar y de las ligas entre la lengua, su manifestación fonética o escrita, lo que se dice con ella y la historia. Como lo formulaba el danés Louis Hjelmslev, sin duda el más profundo y radical de los estructuralistas, la objetivación inmanentista de la lengua la libera de todas las ataduras que la trascienden.

A partir de ese momento la lingüística fractura su articulación con la filología.

Este movimiento del espíritu, esta dislocación del interés por las lenguas en relación con las preguntas centrales de la historia del pensamiento lingüístico y con la concepción filológica es lo que da a la lingüística moderna su punto de partida. A diferencia del filólogo, el lingüista mira, como principio de método, la lengua misma en su naturalidad; imbuido de positivismo, elimina la hermenéutica y posterga la comprensión del sentido de los textos.

No quiero decir con esto, de ninguna manera, que la naturaleza biológica y social de la facultad de hablar o que las complejas relaciones entre las lenguas, la vida social y la cultura de los pueblos hayan perdido el interés de la lingüística moderna. Sólo caracterizo la manera en que se hizo de un objeto propio de estudio, pero también subrayo una característica de varias corrientes contemporáneas, que desestiman la vida real de las lenguas

en la sociedad y en la historia y soslayan el papel que tiene la interpretación en el estudio de las lenguas. Recuperar coherente, integralmente esas relaciones sin negar las ganancias epistemológicas adquiridas sigue siendo uno de los problemas de la lingüística contemporánea.

Fue Saussure quien estableció las condiciones de posibilidad de la lingüística a base de dos dicotomías metódicas y una teoría del signo. La primera dicotomía establece la difereneia entre la *lengua* (la *tangue)* y el *habla* (la *parole).* Vale como una manera de abstraer los elementos invariantes de una lengua, sus "formas internas", podríamos decir, a partir de la ilimitada variación de las pronunciaciones y de los discursos. Sólo abstrayendo así las invariantes puede pretender llegar a comprender en qué sentido una lengua es sistemática y a descubrir su sistema interno. La segunda dicotomía da como condición para encontrar el sistema de una lengua el que los datos de los que se parta

correspondan a una simultaneidad temporal, a una *sincronía.* Lo contrario, la variación en el tiempo o *diacronía,* imposibilita el descubrimiento del sistema. La teoría del signo saussureana, más importante que sus dicotomías, que no son sino condiciones de método, revolucionó la manera de comprender la relación entre las palabras y las cosas; dicho más precisamente, el modo en que se establece la relación de representación entre los signos y la experiencia de la vida. La herencia aristotélica por la cual "los sonidos vocales son símbolos de las afecciones del alma, y las letras lo son de los sonidos vocales. Y, así como la escritura no es la misma para todos, tampoco los sonidos vocales son los mismos. *Pero aquello de lo que éstos son primariamente signos, las afecciones del alma, son las mismas pa,ra todos, y aquello de las que* éstas *son imágenes, las cosas reales, son también las mismas" (De la interpretación,* 16ª, 3-8; la cursiva es mía), herencia recogida de la

misma manera por San Agustín en el triángulo *vox verbum - dictio - res* , en que la *dictio* es idea de la *res* y la *vox verbum* manifestación material de la *dictio,* y continuada hasta la actualidad en muchas corrientes de la lingüística, se ve corregida por la definición saussureana del signo, al que considera inseparablemente constituido por el *significado* y su *significante.* Es decir, el *significado* es un fenómeno lingüístico *inmanente* a cada lengua, que debe distinguirse de las "afecciones del alma", de las "imágenes de las cosas", de las "ideas de las cosas"; no hay tales "afecciones del alma" independientes de las lenguas, ni todos los seres humanos tenemos las mismas "imágenes" o "ideas" de las cosas. El signo es arbitrario y cada lengua crea sus propios signos a partir de la diversidad de las experiencias de sus hablantes. Así no sólo la búsqueda de una lengua cuyos signos participaran de la naturaleza de lo que nombraran, sino además las creencias de que los objetos sim-

plemente están ahí, idénticos para todos, de que los seres humanos compartimos las mismas ideas, y de que el papel de las lenguas sólo consiste en darles una envoltura sonora o gráfica, un vehículo material, quedan contradichas por esa teoría saussureana.

Con esta lingüística podemos admirar la riqueza de las lenguas, a las que nos podemos dedicar sin preconcepciones y sin esperar que todas signifiquen o lleguen a significar lo mismo. Ahora estamos preparados para asombramos y comprender bien, por ejemplo, que haya lenguas cuyos verbos manifiesten relaciones temporales referidas a un aquí y un ahora de cada hablante dentro de una concepción lineal del tiempo, en que el pasado antecede al presente y el futuro viene después, como las lenguas europeas, y haya otras en que los verbos signifiquen solamente características temporales de las acciones referidas -*aspectos,* en la terminología especializada- en las que el

transcurso del tiempo humano se expresa sólo en relación con un "ahora" y un "no-ahora" manifiestos en cada acto verbal y con otros signos diferentes de los verbos, que significan temporalidad, como sucede en las lenguas mayas y en muchas más de las amerindias. Benjamin Lee Whorf propuso que, en estas lenguas, la concepción del tiempo es circular, y el pasado, tiempo del mito, no se distingue del futuro, ámbito del retomo mítico, del eterno retorno. Podemos apreciar cómo, por ejemplo, el verbo *sneak* del inglés manifiesta lo que en español decimos con *inmiscuirse, escabullirse, entrometerse, infiltrarse* y aun *filtrarse,* porque lo furtivo de esas acciones predomina en el significado de *sneak,* mientras que en los significados de esos verbos en español lo furtivo sólo se manifiesta en *escabullirse, infiltrarse y filtrarse,* ya que en los otros predomina la dirección del movimiento (hacia adentro: *inmiscuirse; escabullirse* significa salir furtivamente de un lugar o librarse de cierta

situación), lo volitivo o lo alejado de toda voluntad *(infiltrarse* y *filtrarse),* e incluso el juicio moral *(inmiscuirse, entrometerse).* Podemos analizar la taxonomía de los hongos en tsotsil, buscando sus valores intrinsecos y sin imponerle la taxonomía científica occidental, para comprender el modo en que esta cultura, de la tradición maya, significa sus experiencias medicinales y mágicas.

Las dos dicotomías metódicas de Saussure dieron lugar a la epistemología que llevó a la lingüística a destacarse entre las ciencias human s al final de la Segunda Guerra Mundial: el estructuralismo. Los métodos de descripción y observación de los fenómenos lingüísticos, orientados exclusivamente al descubrimiento de un sistema, por mediación del famoso filólogo ruso Roman Jakobson rápidamente pasaron a la etnología (Claude Levy-Strauss), a los estudios literarios (Roland Barthes y el grupo de la revista *Tel quel),* al psicoanálisis lacaniano, y dieron parte de sus

bases a la semiótica (otra parte se debe a Charles Sanders Peirce).

Sin duda el estructuralismo dotó a la lingüística de su arsenal fundamental de métodos de investigación, pero la misma necesidad inmanentista que tenía la lingüística estructural para poder definir su objeto de estudio llevó a clausurar, como ya dije, la relación de la lengua con su realidad social, con su uso y con su historia y, en consecuencia, la alejó peligrosamente de las preguntas básicas de los seres humanos acerca del lenguaje y de la posibilidad de legitimarse socialmente. A partir del estructuralismo se comenzó a privilegiar la virtualidad de los sistemas lingüísticos en detrimento de la realidad de las lenguas, que se comenzaron a ver como meras y fragmentarias *realizaciones* del sistema. La gramática transformacional que creó Noam Chomsky es un caso paradigmático de ese desinterés por la realidad lingüística, cuyos efectos todavía se perciben en la lingüística contemporánea.

No es de extrañar que una lingüística del sistema virtual se inclinara exclusivamente hacia las ciencias de la naturaleza, al grado de que para Chomsky la lengua es un órgano del cuerpo y su realidad social e histórica un mero accidente. Pero, carente de ·mejores métodos para descubrir el sistema en toda su complejidad, la solución chomskyana fue imponer al sistema de la lengua un formalismo derivado de la teoría de los lenguajes artificiales, primero y correctamente, bajo la hipótesis de que podría revelar su naturaleza; después y equivocadamente, atribuyéndoselo *apriori* con una argumentación no empírica, sino especulativa de carácter cartesiano, apoyada en los ideólogos del siglo XVIII francés.

Tullio de Mauro, el famoso lingüista italiano, decía que la lingüística es la ciencia puente entre las de la naturaleza y las de la cultura. En efecto: es ciencia natural por cuanto la facultad de hablar debe formar parte de la impronta genética del ser hu-

mano, aunque todavía estemos lejos de saber en qué consiste y sólo podremos llegar a conocerlo si nos acercamos a la biología y la neurología y somos capaces de construir una conceptualización común, inteligible para las tres disciplinas, y una metodología correspondiente. La observación de la manera en que se constituyen las formas de los signos, del fonema al morfema y sus transiciones morfofonológicas; del morfema a la palabra, de la palabra a la combinatoria sintáctica; y los procesos de gramaticalización, que vuelven a varias palabras morfemas, o los contrarios, de lexicalización, llevan a la hipótesis de que la formación de los sistemas lingüísticos puede ser, desde el punto de vista de su organización interna y del modo en que se generan en la percepción y en la formación de la inteligencia, una prolongación de la embriología, es decir, de la capacidad del cuerpo para construir sistemas complejos. Los todavía pocos, pero notables y muchas veces desconcer-

tantes descubrimientos de la neurología a propósito del modo de funcionamiento del lenguaje en la corteza cerebral apuntan en la misma dirección. Pero si, como podria deducirse de los casos mencionados de "niños lobo", la adquisición de una lengua tiene un papel determinante en la hominización, entonces la sociedad y después la cultura no son meros accidentes del "órgano lingüístico" como lo piensa Chomsky, sino tan constitutivos de las lenguas reales como la propia facultad de hablar.

No hay datos arqueológicos que nos permitan suponer cómo se formaron o cómo eran las lenguas de los primitivos seres humanos; a lo más que se llega es a considerar que el desarrollo del cerebro y la disposición muscular de la cavidad fonatoria propiciaron el habla, a diferencia de lo que sucede con otros primates. Hay, por supuesto, hipótesis más o menos aventuradas que proponen un origen fonosimbólico de las lenguas, es decir, que co-

mienzan siendo imitaciones de sonidos de la naturaleza; hay otras que sostienen que las lenguas aparecieron como parte de la creación de los primeros instrumentos y tenían, desde un principio, cierto grado de abstracción. Pero no parece haber manera de verificar esas hipótesis que, por el contrario, promueven las más descabelladas especulaciones. Para toda finalidad científica no hay un más atrás de las lenguas reales constituidas. Las lenguas no se crean espontáneamente, *ex-novo,* por una convención fundadora, sino que se han transmitido, desde la oscuridad de los tiempos, de generación en generación, y la búsqueda de una lengua primigenia sólo corresponde a una creencia mítica.

La lingüística románica, como dije antes, ofrece un rico acervo de datos para poder estudiar la evolución de las lenguas y de allí abstraer sus características generales, pues sólo en este ámbito hay documentos suficientes de su origen -el latín-, de su fragmentación medieval, y

del modo en que fue la escritura -inveteradamente excluida de todo razonamiento de la lingüística moderna- y no la simple evolución del latín, la que dio a las lenguas romances las características que hoy tienen (idea esta última sostenida en los años más recientes a partir de una profunda reinterpretación del papel de la escritura). Es decir que, en contra de la posición rígidamente saussureana, que busca una evolución natural, silvestre, de las lenguas, una mera diacronía, es la filología romance la que ha nutrido una lingüística de las lenguas reales que es capaz de recuperar su pasado intelectual y enriquecer la investigación empírica. Así por ejemplo, Ángel López García afirma que la sintaxis del español no fue resultado de una transformación natural de la latina, sino que fue, en gran parte, la traducción bíblica de San Jerónimo al latín, debido a su interés por respetar el carácter griego y hebreo de los textos originales, lo que dio lugar a la estructura básica de la oración en caste-

llano, en francés, en toscano, etc.; Roger Wright, por su parte, ha venido destacando el papel de Alcuino, el consejero de Carlomagno, en la reforma del latín eclesiástico medieval y sus efectos en la historia de la escritura de las lenguas romances, que tuvieron por resultado el reconocimiento de sus particularidades fonológicas y morfológicas y, dicho con palabras del filósofo Karl Otto Apel, "el descubrimiento de la lengua materna", pues hacía falta un medio de fijación del discurso romance que permitiera una reflexión sobre sus peculiaridades y el distanciamiento necesario para comenzar a objetivarlas; Hans Josef Niederehe, por su parte, ha explicado con cuidado el efecto que tuvieron sobre el léxico y el desarrollo de la sintaxis del castellano del siglo XIII los procedimientos neológicos de Alfonso el Sabio, rey de Castilla, y sus esfuerzos por hacer de él una lengua de la historia, del derecho y de la ciencia; es decir: el español que hoy hablamos debe la mayor parte de

su sistema y de sus características léxicas a la escritura y a la acción cultural a lo largo de los siglos. Sobre la base de la capacidad natural del ser humano para desarrollar una lengua, es la historia real de los pueblos, la acción no sólo de personajes determinados, sino de intereses de comunicación y de creación artística la que da a las lenguas sus características, en una evolución continuada pero siempre sometida al acontecer histórico. Insisto: una lengua como el español actual es producto de una cultura, no solamente de la capacidad humana para constituir sistemas.

Lo que tenemos en todos estos casos es historia real de las lenguas, que demuestra la acción de las sociedades sobre ellas. No hay lenguas sin hablantes, y aunque esto es una grosera perogrullada, hace falta resaltarlo para que la lingüística no se reduzca a un juego virtual de accionar algebraico, o se convierta en obsesión de coleccionista. Los hablantes cuentan; y el estado de sus sociedades y sus culturas es

determinante para la posibilidad de que sus lenguas sean instrumentos de conocimiento y de memoria de su experiencia vital. Una lengua abandonada, reducida a la aldea, con instituciones sociales como la escuela, la asamblea comunitaria, la administración de justicia o la comunicación científica derruidas o entregadas a otra lengua impuesta, es una lengua condenada a la desaparición y sus hablantes al suicidio o al genocidio cultural. Algo sabemos de esto los mexicanos, pues sobre la rica diversidad lingüística de nuestro país, tan asombrosa como la de la India, se sobrepuso primero la tragedia de la colonización, que cortó de un tajo la evolución social de los pueblos amerindios y creó un abismo insalvable en su memoria culrural; pero después siguió la ideología nacionalista, empeñada en acabar con nuestros pueblos aborígenes para alcanzar la "unidad nacional". A la conciencia de esa tragedia se debe el compromiso ético de muchos lingüistas mexicanos con la

recuperación de las funciones comunicativas de las lenguas amerindias.

No sólo tiene México esa riqueza lingüística originaria, sino que su papel como una de las dos más importantes capitales de virreinato en América, y la cultura hispánica que aquí se desarrolló, hacen de nuestro país uno de los más ricos de la lengua española. Puesto que para la mayoría de los mexicanos es el español su lengua materna, y la cultura a la que nos debemos es la europea, nuestra lingüística se ha nutrido de la experiencia de Occidente. Lo que nos falta todavía es incorporar a ella una experiencia original mexicana, que asuma el papel nacional de nuestro español y sepa ver en nosotros la presencia de esos Otros, los indios, sus lenguas actuales y los dramáticos procesos de aculturación y desculturación que han sufrido desde la Conquista.

Tal unión no es armónica ni automática, sino tan conflictiva como el choque de dos mundos. En la formación de los lin-

güistas mexicanos han tenido su papel la tradición gramatical y lexicográfica hispánica de Andrés Bello, Rufino José Cuervo y la Academia Española. Los filólogos y polígrafos del XIX y anteriores a la segunda mitad del siglo XX, como Manuel Crisóstomo Náxera, Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra o Mariano Silva y Aceves (fundador de la pionera revista *Investigaciones lingüísticas),* recibieron la influen-cia de la lingüística comparada alemana y estadounidense. La lingüística hispánica moderna, sin embargo, tiene dos fuentes en México: la aportación histórica original de la escuela de Ramón Menéndez Pidal, que llegó a nuestro país con la *Nueva Revista de Filología Hispánica* como heredera de la *Revista de Filología Española* y el papel formador de Antonio Alatorre, de Margit Frenk y de Juan M. Lope Blanch. La lingüística indigenista, en cambio, tuvo su refundación moderna con la llegada de Mauricio Swadesh y de William Cameron Townsend (creador del Instituto Lingüís-

tico de Verano), quienes difundieron el instrumental descriptivo necesario para el estudio de nuestras lenguas indígenas, que fue por muchos años la fortaleza del Instituto Nacional de Antropología e Historia y su Escuela. Sin embargo, a causa de la diferencia de enfoques sobre las lenguas -filológico e histórico en el caso del español; antropológico y descriptivo en el caso de las lenguas aborígenes mexicanas- no es fácil lograr que ambas concepciones y sus métodos de trabajo se interpenetren y se enriquezcan mutuamente. Tanto menos cuando, con la misma mala conciencia que tienen los europeos hacia la América india, ocurre el fenómeno inconsciente de desconocer y despreciar el español para poder apreciar las lenguas indígenas. Para mí, lo mexicano estriba en la capacidad de valorar nuestro doble origen.

Les he ofrecido una historia de la lingüística, pero ni es canónica, ni se reduce a registrar épocas y autores; lo que busca

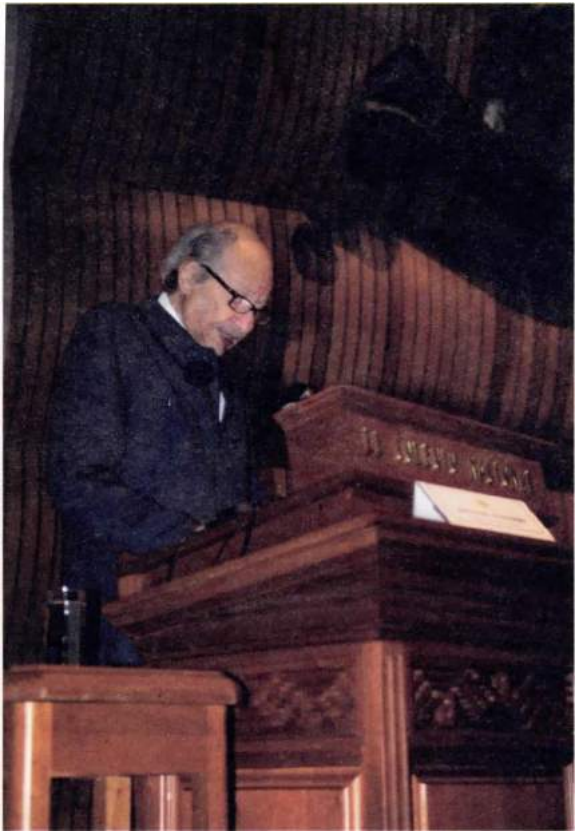
es reconocer la legitimidad de las preguntas que se hace el ser humano en relación con sus lenguas y su facultad de hablar, y situar la lingüística en relación con ellas. Busca también situar la lingüística entre las ciencias y entre las humanidades, dentro del concierto intelectual de El Colegio Nacional.

Quizá llevó tantos siglos fundar una ciencia del lenguaje porque concebirlo y ser capaces de observarlo implica un extrañamiento tan difícil y a veces tan doloroso como el que produce el psicoanálisis --que lo digan si no, los lexicógrafos, entre quienes me cuento--; tratar de entenderlo es tocar el núcleo de lo humano, enajenarse de él antes de intentar penetrarlo y después entregarse al vértigo de la significación. La historia de la lingüística es ese largo esfuerzo por trascender los mitos y el rigor prescriptivo de la gramática del Renacimiento; el tortuoso camino intelectual que, al reconocer al signo en su arbitrariedad e inmanencia, nos ofrece

la diversidad de las lenguas como riqueza y no como confusión. Otra historia de la lingüística, que para existir necesita reconocer lo Otro.

ANTONIO ALATORRE

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE INGRESO DEL DOCTOR LUIS FERNANDO LARA RAMOS



El doctor Antonio Alatorre dando respuesta al discurso de ingreso del doctor Luis Fernando Lara Ramos.

QCøMP?Q W QCøMPCQ}

Lo primero que tengo que decir es que el ingreso de Luis Fernando Lara en este Colegio Nacional es causa, para mí, de enorme alegria. Luis Femando fue alumno mío (es decir, una especie de hijo) en El Colegio de México. Allí fue donde yo me formé intelectualmente entre 1947 y 1950, y allí se formó él entre 1965 y 1968. No sólo eso. A mí me cupo en suerte actuar en un momento que seáa decisivo para su carrera de lingüísta. En 1968 don An-

tonio Carrillo Flores, internacionalista y diplomático ilustre, visitó en el Colegio de México a don Daniel Cosío Villegas para comunicarle una idea que había germinado en él a lo largo de sus años de participación en reuniones internacionales. Había observado, con no poca curiosidad, las peculiaridades del español de México frente a las del español de España y de los otros países hispanoamericanos. ¿No sería una buena idea -pensó--, elaborar un diccionario del Español *de* México, es decir, no hecho a partir del de la Real Academia Española, sino a partir de la realidad viva de nuestro país? Don Daniel se interesó por la idea y quiso que yo, director del Centro de Estudios Filológicos, me incorporara a la plática; entonces don Antonio me explicó de qué se trataba: no de un diccionario de indigenismos *(atole* y *petaca, huarache* y *cempasúchi{),* aunque éstos estarían allí naturalmente, sino un diccionario integral del español que hablamos y escribimos los mexica-

nos. Recuerdo que, para cerciorarme de si había captado su idea, le pregunté: "¿Un diccionario en que la palabra *banqueta* tenga como acepción primera no la que da el Diccionario académico, 'asiento de tres o cuatro patas', o bien 'banco corrido y sin respaldo', sino eso que los ingleses y norteamericanos llaman *side-walk,* los franceses *trottoir,* los españoles acera y los argentinos vereda?" y él me contestó "¡Eso exactamente!" Entonces don Daniel, hombre práctico y amigo de soluciones rápidas cuando el asunto era claro, me preguntó si en mi Centro había alguien capaz de hacerse cargo de la empresa, y yo, sin pensarlo dos veces, le contesté: "Sí que lo hay; se llama Luis Femando Lara". De los becarios del Centro que estaban a punto de terminar sus seis semestres de maestría, algunos se inclinaban hacia la literatura y otros hacia la lingüística y entre los de vocación lingüística era Luis Fernando quien daba señales de más entusiasmo y de mayor madurez. Ese mismo

día le pregunté si estaría dispuesto a aceptar el encargo y él, sin pensarlo dos veces, me dijo que sí. De esta manera quedó sellado, por decir así, ese destino de eminente lingüista que es hoy.

Debo hacer una aclaración. Yo puedo contar a Luis Fernando Lara entre los alumnos más brillantes que he tenido; puedo decir que lo veo casi como hijo; pero no puedo hacer alarde de haberlo guiado en sus aficiones lingüísticas. El fundador del Centro de Estudios Filológicos, Raimundo Lida, quería -siguiendo a su maestro Amado Alonso, el cual siguió a su vez al suyo, don Ramón Menéndez Pida!- que sus estudiantes fuéramos investigadores en dos campos distintos, aunque ciertamente conectados: la literatura y la lingüística. Sucesor de Lida en la dirección del Centro, yo mantenía ese ideal cuando Luis Fernando era estudiante. Los profesores éramos muy pocos, razón por la cual invité en esos años a varios profesores extranjeros de bastante re-

nombre, investigadores literarios unos, lingüistas otros. Y fueron dos de los lingüistas, Eugenio Coseriu y Klaus Heger, quienes realmente fomentaron y orientaron la vocación de Luis Femando.

Yo, ingenuo (por no decir bobo), pensé que él, una vez presentada su tesis de maestría, que era una monografía dialectológica sobre el habla de Tlacotalpan, se pondría, sin más, a elaborar el diccionario del español de México, empezando en la letra *A* (desde *ábaco* y *abajeño,* hasta *azufre, azulejo* y *azuzar)* y terminando con la *Z.* Pero él, no ingenuo, pensaba de otra manera. Ya para esas fechas había conseguido una beca alemana que le permitiría hacer sus estudios de posgrado en Alemania. Y así lo hizo. Se puso a aprender la endiablada lengua germánica, y entre 1968 y 1970 vivió en aquellas tierras, donde asistió, particularmente, a las lecciones de Klaus Heger. (Por cierto, al terminar aquí su semestre de profesor visitante, Klaus Heger me hizo ver la conve-

niencia de dividir el Centro en dos secciones distintas, pues no era razón que un estudiante de clara vocación lingüística, -y me ponía el ejemplo de Lara-, cursara obligatoriamente unas materias que no habían de serle útiles. Yo acepté su consejo, y desde hace casi treinta años son dos carreras independientes las que se hacen en nuestro Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.)

A su regreso de Kiel y Heidelberg, en 1970, Luis Fernando fue nombrado profesor-investigador en El Colegio de México, y en ese mismo año se inició como profesor en la Universidad Iberoamericana, donde había hecho su licenciatura. El curso que allí dio fue el muy normal y reglamentario de historia de la lengua española. Pero enseguida, en 1971, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, comenzó a dar cursos sobre lexicología y semántica, materias mucho menos convencionales y en las cuales era

ya todo un profesional. Su docencia en el Colegio de México comenzó un poco más tarde, en 1973, con un curso de semántica. Y en este mismo año quedó oficialmente nombrado director del proyecto de elaboración del *Diccionario del español de México.*

Luis Fernando ha sido siempre un fiel practicante *delfestina lente,* que nos enseña que la mejor manera de apresurarse es avanzar despacio, por pasos contados. La meta, en su caso, siempre ha sido clara; pero el hacerse de un método, de un *modus operandi,* fue tarea lenta y meticulosa. Muy pronto vio la necesidad de adentrarse en el terreno de la lingüística matemática y computacional, y en el verano del año siguiente, 1974, se trasladó a Italia y se inscribió en el *Centro Nazionale di Calcolo Elettronico de Pisa,* adonde volvió dos años después para terminar esos superespecializados estudios. (En 1975, entre uno y otro viaje, obtuvo su grado de doctor en El Colegio de México).

Fruto de los dos veranos de estudio en el *Centro di Calco/o Elettronico* fueron los cuatro primeros artículos que figuran en su currículum --dos en español, uno en francés y uno en inglés- sobre el uso de la computadora electrónica y sobre la base estadística del futuro *Diccionario del Español de México.* Pero ya antes, entre 1971 y 1973, había publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* varias reseñas de libros, lo cual no es, como algunos piensan, tarea desdeñable o facilona. Las veintitantas reseñas que ha publicado Luis Fernando son productos tan serios y dignos de atención, como el centenar de artículos de su currículum.

Hace pues más de treinta y cinco años que Luis Fernando Lara viene desempeñando labores docentes y publicando, así en México como en el extranjero, el fruto de sus investigaciones y reflexiones. Además de los cursos propiamente dichos --dos de ellos impartidos en el extranjero, uno en la Universidad de California (Santa

Bárbara) y otro en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona-, ha dado una treintena de cursillos en centros superiores de enseñanza del Distrito Federal y de los estados, como también en el extranjero y asimismo un asombroso número de conferencias en México, en Guadalajara y Monterrey, en Puebla y Jalapa, en Toluca y Chihuahua y Aguscalientes, en los Estados Unidos y en Europa (por ejemplo en Madrid, Salamanca, Barcelona, Valencia, Úbeda y Jaén, Lovaina y Amberes, Viena y Berlín, Nuremberg, Leipzig, Tréveris y Maguncia). ¿Y qué diré de su asistencia y participación en congresos, simposios y mesas redondas? Diré que, desde 1971 hasta la fecha, casi no ha habido reuniones de asociaciones e institutos de lingüística, así nacionales como internacionales, en que él no haya estado presente; por lo general, presentando una ponencia. Un par de ejemplos mexicanos: el Instituto Superior de Intérpretes y Traductores y el Centro Universitario de Comunicación de la Cien-

cia. Y algunos ejemplos internacionales: congresos de Lingüística y Filología Románicas, de Hispanistas, de Lingüistas y Filólogos de América Latina, de Computación Literaria y Lingüística, de Lingüística Hispánica y de Terminología. (Perdónenme ustedes estas enumeraciones, las hago para que vean de alguna manera que, si digo que la estatura científica de Luis Fernando ha hecho de él toda una figura internacional, no lo digo a humo de pajas, ni movido por el afecto que le tengo.)

Aún no he acabado de glosar su currículum. Pero abreviaré el resto lo más posible. Como especialista que es, no sólo en el campo de la lexicografía, sino en varias otras ramas de la lingüística, es natural que Luis Fernando sea un personaje muy solicitado. Ha pertenecido a muchas comisiones dictaminadoras y a muchos comités organizadores de congresos. En algunos casos él ha sido el presidente del comité organizador y hasta el iniciador de una serie de congresos. También es natu-

ral que sea miembro de importantes sociedades científicas, por ejemplo -aquí no puedo evitar la ejemplificación- el Comité Internacional Permanente de Lingüistica, que depende de la UNESCO, la Sociedad de Lingüística Europea, la Dictionary Society of North America, la Asociación Internacional de Terminología. Más aún, es miembro *fundador* de la Asociación Española de Estudios Lexicográficos y de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, que desde 2001 cuenta con una revista propia, *Lingüística Mexicana,* dirigida por él. Y añadiré que durante dos términos consecutivos, de 1997 a 2003, fue director del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.

El currículum de cada uno de los miembros de El Colegio Nacional está a disposición de todo el mundo por la vía del internet. Vean ustedes el de Luis Fernando. Véanlo y asómbrense. Y les sugiero que lo comparen con el que Antonio

Alatorre presentó cuando él fue candidato: no les será trabajoso, sino fácil y hasta divertido, comparar el exiguo bagaje de Alatorre con el bagaje colosal de Lara.

La lista de sus publicaciones comienza con nueve títulos de libros. Debieran ser doce en realidad: faltan tres Diccionarios porque son obras colectivas, aunque dirigidas por él. De esos doce libros mencionaré sólo cinco: *El concepto de norma en lingüística,* que fue su tesis doctoral; *Lengua histórica y normatividad,* donde recogió y amplió algunos de sus ensayos más luminosos; *Teoría del diccionario monolingüe,* que en 1996 recibió el "premio Wigberto Jiménez Moreno" a la mejor investigación lingüística; el recientísimo *Curso de lexicología,* honrado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el "premio Antonio García Cubas" al mejor libro de texto universitario; y el *mccionario del español usual en México,* que recibió en 1997 el "premio Arnaldo Orfila" a la mejor edición universitaria.

Este *Diccionario del español usual,* mucho más rico que los dos que lo precedieron, no es todavía el *Diccionario del español de México* cuya idea le propuso Carrillo Flores a Cosío Villegas hace casi cuarenta años. Éste, el definitivo, va a ser muy voluminoso, y no tardará mucho en salir a la luz. Y se me ocurre sugerirle a Luis Fernando que en alguna de las series de conferencias que ofrecerá en este Colegio Nacional, se haga acompañar de sus colaboradoras y colaboradores, esos seres laboriosos e inteligentes que lo conocen a él mejor que nadie, para que él y ellos, en diálogo con el público, y con abundancia de ejemplos, expliquen en qué ha consistido su labor.

De hecho, yo pensé que en este discurso inaugural hablaría Luis Fernando de esa labor. Pero, fuera de una rápida alusión a la lexicografía, hacia el final, donde habla, de manera un tanto misteriosa, del "extrañamiento" difícil y doloroso que experimenta el lexicógrafo en su tarea, ya

que ésta consiste, en última instancia, en *entender* el lenguaje, y "tratar de entenderlo es tocar el núcleo de lo humano, enajenarse de él antes de intentar penetrarlo y después echarse al vértigo de la significación", fuera de esto, digo, lo que ha hecho en su discurso es ofrecemos, en apretada síntesis, una historia de la lingüística, una historia del asombro que en el género humano ha causado siempre "la capacidad de hablar" y "la multitud de las lenguas del mundo", desde el mito de la torre de Babel, hasta el momento actual. Están en el discurso todas las etapas importantes, están los nombres de aquellos que dejaron una huella significativa por sus intuiciones, sus interpretaciones o sus métodos: Platón y Aristóteles, los gramáticos latinos, san Agustín y san Isidoro, la cábala medieval, la filología renacentista de Descartes y Leibniz, el descubrimiento del sánscrito y la creación de la lingüística comparada, los románticos alemanes, los intentos de crear una lengua

universal como el esperanto y el volapük y luego Saussure, padre de la lingüística moderna, que se propuso elucidar lo que es el lenguaje en sí y aisló el signo lingüístico puro, sin asociaciones culturales e históricas, y los sucesores de Saussure, comenzando con Hgelmslev, y finalmente con RomanJakobson y Noam Chomsky y otros, la lingüística contemporánea, cuya tarea es atender a aquello que tuvo que eliminar Saussure, o sea "recuperar coherente, integralmente", pero sin negar, desde luego, "las ganancias epistemológicas", de Saussure, eso precioso que ha estado desde siempre asociado con el lenguaje: su vida real en la sociedad y en la historia -tarea que Luis Femando ejemplifica acertadamente con la situación lingüística y cultural de nuestro país.

Nada de esto voy a comentar, no sólo porque Luis Fernando lo ha expuesto todo en forma clarísima, sino, sobre todo, porque él conoce esta historia inconmensurablemente mejor que yo. Lo que haré,

para terminar, será sólo poner una pequeña apostilla en el tema de la diversidad lingüística. Hay en la Biblia, en el Libro de los Jueces, el episodio memorable de la guerra entre los de Efraím y los de Galad, que estuvo indecisa hasta que los galaditas se apoderaron de los vados del Jordán. Cuando un efraimita necesitaba pasar el río, los galaditas le preguntaban: "¿Eres efraimita?" y él, naturalmente para salvar el pellejo, respondía que no. Entonces los galaditas replicaban: "¿Ah, no? A ver, di *shibolet".* El efraimita decía *sibolet,* porque en su dialecto no había el fonema *she.* De esta manera, concluye tranquilamente el relato bíblico, los de Galad pasaron a cuchillo a cuarenta y dos mil efraimitas. Yo dudo de la historicidad de este episodio atroz, pero es imposible no ver en él la plasmación de un sentimiento muy pertinaz: el ver como un extraño, como un enemigo potencial, a quien no habla como nosotros. Y pienso entonces en sor Juana Inés de la Cruz, para la cual, por el

contrario, todo ser humano es un amigo potencial, aunque no con todos podamos entablar un diálogo, por culpa del blasfemo atrevimiento de quienes emprendieron la construcción de la Torre de Babel, la cual no dejó ruinas visibles, pues el tiempo se come las piedras, pero sí ruinas audibles y perdurables, pues las oímos cada vez que alguien nos habla en una lengua que no entendemos. Lo dice ella en un pasaje maravilloso del Primero *Sueño:*

> ... aquella blasfema, altiva torre,
> de quien hoy dolorosas son señales
> - no en piedras, sino en lenguas desiguales
> porque voraz el tiempo no las borre-
> los idiomas diversos, que escasean
> el sociable trato de las gentes,
> haciendo que parezcan diferentes
> los que unos hizo la naturaleza,
> de la lengua por solo la extrañeza.

Verdaderamente sor Juana sabía meditar sobre el misterio del lenguaje. Y eso es todo. Sólo me resta decir: ¡Bienvenido, Luis Fernando, a El Colegio Nacional!

El doctor Eusebio Juaristi, Presidente en Turno, hace entrega, al doctor Luis Fernando Lara, del diploma que lo acredita como miembro de El Colegio Nacional.

El doctor Luis Fernando Lara extendiendo su diploma
a la vista del público asistente.

ÍNDICE

Eusebio Juaristi,
Palabras de salutación y bienvenida. 9

Luis Fernando Lara Ramos,
La língüística: ¿otra historia? Discurso
de Ingreso 15

Antonio Alatorre,
Contestación al discurso de ingreso
del doctor Luis Fernando Lara 61

Se terminó de imprimir en los Talleres
de la Editorial Cromocolor, S. A. de C.
V., Miravalle 703 Col. Portales, C. P.
0330, México D. F., en mayo de 2007.
U! edi-ción consta de 1000 ejemplares.